

ALLÁ, DONDE EL BARRO HABLA

Memorias de los chircales del Guayabal,
Barichara



Yury Stefanni Suárez Jaimes

© 2025, Yury Suárez

Autora y editora independiente.

Primera edición: marzo de 2025

Impreso en Colombia

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en forma alguna ni por ningún medio —electrónico, mecánico o de cualquier otro tipo— sin la autorización previa por escrito de la autora.

Diseño, redacción y fotografías: Yury Suárez

Contacto: stefannijaimes@gmail.com , yury2224573@correo.uis.edu.co

Índice

INTRODUCCIÓN	7
PROCESO DE PRODUCCIÓN	11
FASE 1: EN LA MINA	11
FASE 2: PREPARACIÓN EN LA PILA	13
FASE 3: AMASADO CON ANIMALES	14
FASE 4: PISANDO Y ALIZANDO LA ARCILLA	16
MOLDEO DE TEJAS	18
MOLDEO DE TOLETES	20
FASE 6 SECADO NATURAL	23
FASE 7 CARGUE DEL HORNO	25
FASE 8: COCCIÓN	27
FASE 9: ENFRIAMIENTO Y RETIRO DEL MATERIAL	28
FASE 10: CLASIFICACIÓN Y COMERCIALIZACIÓN	29
	31
ORLANDO DÍAZ	31
CAPÍTULO 1	32
RICARDO MACÍAS	42
CAPÍTULO 2	43
MIGUEL ATUESTA	50
CAPÍTULO 3	51
TOBÍAS TRIANA	59
CAPITULO 4	60

RAMÓN ATUESTA _____	67
CAPÍTULO 5 _____	68
SABERES COLECTIVOS _____	77
DONDE LA TIERRA ELIGE AL ARTESANO _____	80
PEDRO SAÚL SUÁREZ _____	80
EL ALMA DEL CHIRCAL _____	84
_____	84
Epílogo _____	86
Agradecimientos _____	88
Glosario _____	89

*El talento de mi pueblo
recae en sus lindas veredas
y en las manos campesinas
que si saben de la tierra.*

*En mi vereda bonita
todo se trabaja a mano
desde el tejo de la arepa
hasta el ladrillo de barro.*

*Porque quiero al Guayabal
hoy destaco su tesoro
que es el arte de trabajar
el barrito en cada horno.*

*Los hornos de mi vereda
tienen mucho por contar
pues han estado existiendo
mucho antes de usted llegar.*

- Yana Neyerlly Suárez Jaimes



INTRODUCCIÓN

La alfarería en Colombia constituye una tradición milenaria que se ha consolidado como patrimonio cultural inmaterial de la nación, representando una expresión viva de identidad cultural que conecta las raíces indígenas prehispánicas con las técnicas coloniales españolas, este noble oficio se mantiene vivo como un saber heredado de generación en generación. La tradición cobra especial relevancia en Barichara, donde los chircales mantienen vivos procesos ancestrales de producción de tejas, ladrillos y elementos constructivos, convirtiéndose en un referente cultural artesanal. (Mora Salinas, 2021; Añez, 2025).

La alfarería es una de las prácticas culturales más antiguas de la humanidad, presente en diferentes civilizaciones como la olmeca, la maya, la azteca y la inca, donde cumplió funciones utilitarias, rituales y arquitectónicas. En Colombia es reconocida con más de 5900 años de antigüedad por culturas amerindias, con evidencias arqueológicas que datan del 3900 a.C. en sitios como San Jacinto, Canapote (1940 a.C.) y Barlovento (1550 a.C.). En la Sabana de Bogotá, los muiscas desarrollaron la alfarería desde 1300 años a.C., estableciendo las bases de una tradición que perdura hasta hoy. (Molina, 2010).

La llegada de los españoles marcó un punto de inflexión en la alfarería colombiana. Los colonizadores al asentarse en el territorio demandaron materiales como ladrillos, tejas y adobes y heredaron el saber de la alfarería a mestizos e indígenas que trabajaban como ayudantes en los talleres, fusionando conocimientos ancestrales con técnicas constructivas europeas.

Desde entonces, la alfarería colombiana no solo se consolidó como un oficio artesanal, sino como una actividad estratégica para el crecimiento urbano y la configuración del paisaje cultural.

En la vida cotidiana, los objetos de barro como ollas, cántaros, jarras, tejas o ladrillos han acompañado a las comunidades rurales y urbanas, siendo parte esencial de la organización doméstica y de la arquitectura tradicional. Aunque en el mundo

contemporáneo muchos de estos elementos han sido reemplazados por productos industriales, aún pervive la práctica artesanal, que conserva técnicas heredadas del pasado y un vocabulario especializado que constituye en sí mismo un patrimonio cultural.

El patrimonio cultural inmaterial (PCI o mejor conocido por sus siglas en inglés a nivel internacional ICH "Intangible Cultural Heritage"), dentro del cual se inscribe la alfarería, se define como aquel que incluye prácticas, artes, rituales, festividades, conocimientos y relatos orales transmitidos de generación en generación. La UNESCO lo caracteriza como tradicional, contemporáneo y viviente, integrador, representativo y basado en la comunidad. En Colombia, el Ministerio de Cultura encabeza la preservación del ICH mediante la Lista Representativa de Patrimonio Cultural Inmaterial de la nación, que incluye manifestaciones como el espacio cultural de San Basilio de Palenque, el Carnaval de Negros y Blancos, y el sistema normativo Wayúu. En este sentido, el turismo cultural y comunitario se convierte en una herramienta clave para salvaguardar estas prácticas, pues genera oportunidades económicas a partir de la puesta en valor del patrimonio y fomenta el orgullo local.

En el municipio de Barichara, Santander, la alfarería ha sido un eje fundamental de la vida social, cultural y económica. Los chircales, espacios de producción artesanal de ladrillos y tejas, han configurado tanto el paisaje arquitectónico como el tejido comunitario. Fue fundado en 1705 sobre territorio de los indígenas Guane, significa "lugar para el descanso" en dialecto Guane.

El Centro Histórico de Barichara fue declarado Monumento Nacional en 1975, siendo denominado "el pueblito más lindo de Colombia" mediante la Resolución 005 del Consejo de Monumentos Nacionales. En 1978 recibió la declaratoria de Patrimonio Histórico y Cultural, y en 2010 fue designado Pueblo Patrimonio. Esta declaratoria protege la construcción tradicional, estableciendo que todas las casas deben ser construidas de manera tradicional, manteniendo la arquitectura de tapia pisada, tejas en barro cocido, fachadas de colores azul, verde y/o blanco con balcones, puertas y ventanas en madera. Es aquí donde se destaca el papel fundamental de la manufactura de la vereda Guayabal, ya que se considera que, con

esta tradición de más de 300 años, todas las cosas de Barichara fueron construidas con productos de los chircales.

Barichara se asienta sobre la formación geológica Simití, que contiene un yacimiento de arcillas de 400 hectáreas de área y 15 metros de profundidad en la vereda Guayabal. Estas arcillas se conocen localmente como "Cascajo", "Roja" y "Amarilla", con diferentes características que se mezclan según el producto a elaborar.

La vereda Guayabal de Barichara está conformada tiene una extensión de 684,77 hectáreas, lo que la convierte en una de las unidades territoriales relevantes dentro del área rural del municipio y es aquí donde se sitúa el corazón de ASOGUAYABAL.

La Asociación De Artesanos Y Alfareros Vereda Guayabal Barichara Santander fue fundada el 1 de junio de 1996 y les fue otorgado por el Instituto Colombiano de Geología y Minería – INGEOMINAS (Actualmente sus funciones las ejerce el Servicio Geológico Colombiano) el 03 de marzo de 2008 el título minero que ampara la explotación de arcillas. Reúne a propietarios de chircales y hornos dedicados a la extracción de arcilla y la fabricación artesanal de materiales en barro (teja, tolete, ladrillo, *guardaescoba*, entre otros). En sus inicios se registraron 64 chircales en la Cámara de Comercio; actualmente hay aproximadamente 30 registrados y 27 chircales en funcionamiento activo. Se estima la vinculación de 80 familias (cada chircale corresponde a una familia y en muchos casos participan 2–3 familias adicionales que aportan integrantes al trabajo). El título minero habilita la exploración y explotación de un yacimiento de arcillas, materiales de construcción y demás minerales concesibles en jurisdicción de los municipios de Barichara, San Gil y Villanueva (Santander), sobre un área de 398 hectáreas. La asociación cuenta con licencia ambiental otorgada por la Corporación Autónoma Regional de Santander (CAS). En materia de proyectos de apoyo y financiación, la asociación ha tenido varios acercamientos; el caso más avanzado fue un proyecto conjunto con una institución regional para la construcción de una planta de acopio y transformación de hornos, pero la reducción de recursos solicitada por la autoridad regional y la consecuente imposibilidad de conseguir la totalidad del financiamiento impidieron la ejecución. “Más allá de ese intento, han venido muchas personas a formular

proyectos que no tuvieron seguimiento ni resultados concretos” esto dicho por uno de los representantes de la asociación.

La conformación de ASOGUAYABAL se trata de un compromiso social, ya que, al tratarse de un oficio milenario, la gran mayoría de alfareros sigue trabajando con técnicas de cientos de años sin alterar la metodología de fabricación, sin embargo, al existir una actividad de explotación de arcilla es necesario contar con el título minero para la legalidad y seguridad de su labor.

Los chircales de Barichara representan una memoria colectiva, un patrimonio vivo que conecta el pasado con el presente. Son testimonio del ingenio humano frente a los recursos del entorno y constituyen una expresión cultural que merece ser preservada. El reto contemporáneo consiste en fortalecer estas prácticas desde una perspectiva sostenible, que reconozca a los artesanos como guardianes del patrimonio y genere estrategias para su proyección en el tiempo.

PROCESO DE PRODUCCIÓN

Los chircales de Barichara mantienen hornos de cocción muy similares a los primeros utilizados por los tatarabuelos, preservando técnicas que han pasado de generación en generación a través de la palabra. Una pieza no surge de manera inmediata; detrás hay un proceso largo, cuidadoso y delicado que requiere paciencia y precisión.

FASE 1: EN LA MINA



Mina de arcilla antigua



Archivo fotográfico 1. Arcilla y Tradición.

El trabajo del alfarero comienza en la mina, donde la tierra se reconoce y se selecciona a ojo. Según cuentan los artesanos, no toda la tierra sirve: se distinguen tres tipos principales. La tierra negra, fina y arcillosa, que da la plasticidad; la amarilla, más arenosa, que ayuda a “soltar” la mezcla y aporta volumen; y la blanca, que otorga el “temple y campaneo”, es

decir, la sonoridad y resistencia final del material. Cada producto exige una combinación distinta: el ladrillo requiere una mezcla equilibrada con abundante agua, el tolete pide más tierra arenosa y la teja necesita arcilla más fina y menos agua.

La labor es pesada. Deben cargar la tierra en bueyes capaces de realizar hasta 20 viajes para llenar la pila de mezclado, realizando hasta veinte viajes para llenar una sola pila de mezclado (este es el método tradicional, pero actualmente se transporta en carretillas para no afectar a los animales). Este transporte rudo inicia la cadena productiva en la que procede acarrear, descargar y preparar el material.



Arcilla traída de la mina



Cajones de transporte para la arcilla en animales

Más allá de la fuerza física, este primer paso está lleno de saber ancestral: la capacidad de “leer” el terreno para saber qué tierra sirve y qué mezcla resultará mejor no está en un manual, es una habilidad que se desarrolla con el tiempo.

FASE 2: PREPARACIÓN EN LA PILA



Pila de barro desocupada

La tierra recolectada se deposita en un pozo redondo hecho de tolete, conocido como *pila* de aproximadamente 40 cm. Con azadón se parten los terrones grandes y con pala se mezcla hasta lograr una superficie uniforme. Alrededor se construye una zanja para retener el agua.

Se cubre la tierra con agua y se deja en reposo por 24 horas, lo que permite que se ablande y adquiera mejor cohesión. Al día siguiente, se escurre el exceso de agua acumulado en la zanja, dejando una masa húmeda y más maleable.

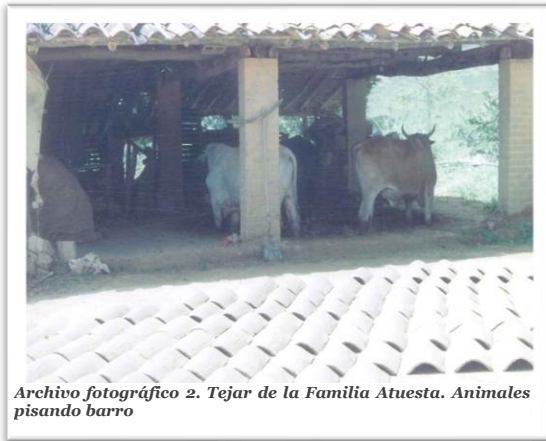
El reposo de la pila no es un simple “dejarla quieta”, sino un saber empírico: los artesanos explican que, si no se da este tiempo, la tierra “no asienta”, se parte o no responde bien al pisoteo y al moldeo.

La pila, entonces, se convierte en el corazón del proceso, donde se da la primera transformación de la arcilla en materia prima lista para ser trabajada.



Barro remojado en una pila

FASE 3: AMASADO CON ANIMALES



Tras el reposo, la tierra debe “cobrarse fuerza”. Para ello se introducen bueyes a la pila para pisar la tierra durante unas 4 horas, girando en diferentes direcciones hasta lograr una mezcla homogénea y compacta. Este paso asegura que las arcillas se integren y la pasta adquiera la consistencia ideal para moldear. (En otros lugares este proceso no se hace con bueyes, sino de forma

manual, con maquinaria o sistemas mecánicos modernos).



Los animales utilizados para el trabajo generalmente son tratados con sumo cuidado y responsabilidad, ya qué, trabajan 2 o 3 veces a la semana por 4 horas diarias, pasan el tiempo restante descansando y con buena alimentación.



Toro luego de pisar barro

Quienes trabajan con animales cuentan que este trabajo, aunque pesado, es importante para lograr una buena mezcla: “Los bueyes la revuelven parejo, que quede blandita, sin grumos”, dicen. El resultado es una masa lista para moldear, con la plasticidad suficiente para adaptarse a los diferentes productos. Una sola pila puede llegar a rendir hasta cinco toneladas de arcilla, suficientes para producir cerca de mil tejas o mil ladrillos.

El barro se forma despacio, como las cosas que duran ya que la tierra se deja domar solo por quien sabe escuchar su silencio.

FASE 4: PISANDO Y ALIZANDO LA ARCILLA



Una vez la mezcla ha alcanzado el punto adecuado, se extrae la arcilla de la pila a mano, formando montones. Con machete o pala recortan los bordes y alisan la superficie, evitando que la masa se endurezca o se rajen. Este proceso asegura que la masa conserve su elasticidad y se mantenga lista para el moldeo.

Para mejorar su plasticidad, se agrega agua en la medida necesaria, humedeciéndola ligeramente. Posteriormente, los montones se cubren con plástico, lo que evita que la arcilla se reseque o se contamine con polvo o impurezas del ambiente. Gracias a este método, la arcilla puede conservarse en buen estado por varios días, manteniendo la textura suave y flexible que requieren los moldes. Este paso es fundamental porque garantiza que la materia prima esté lista para trabajar, uniforme y adaptable.



Proceso de extracción del barro. Se va remojando y divide con manos y pies para extraer grandes cantidades



Pila con agua para el remojo y a izquierda, barro tapado listo para moldear

“guardar la masa”, porque les permite organizar mejor los tiempos de trabajo y evitar desperdicios.

Sin un alistamiento cuidadoso, la arcilla podría presentar grietas, endurecimiento prematuro o problemas durante el secado y la cocción, afectando directamente la calidad de las piezas finales. Los artesanos explican que este procedimiento es como

En este punto, la tierra ya no es solo materia: es barro vivo, dócil, tratado con cuidado como se guarda algo sagrado. El artesano sabe que la arcilla no se apura; se protege, se deja respirar bajo una cubierta como quien reserva el aliento de una promesa. En ese silencio húmedo, la tierra madura, espera su destino y se prepara para convertirse en forma, en teja, en ladrillo, en historia.

MOLDEO DE TEJAS



Banco de trabajo



Extensión del barro por la gradilla (molde). La herramienta a la izquierda es la pala

El proceso inicia en el banco de trabajo, donde la arcilla se coloca en el molde rectangular y se extiende a mano, presionando suavemente para cubrir toda la superficie. Con la pala se raspa el exceso de material y luego, con agua, el artesano “soba” la pieza, alisando su superficie hasta dejarla uniforme.

Una vez moldeada, la teja se hala del molde y se deposita sobre el galápago (molde de madera), donde adquiere la forma arqueada que garantiza su encaje en las cubiertas de barro. Este proceso requiere destreza, pues cualquier irregularidad en la presión o el alisado puede afectar la calidad final. Posteriormente, se traslada a las camaretas para iniciar el proceso de secado, el cual se complementa más adelante en el piso al sol.



Desmante de la teja del galápago al sol



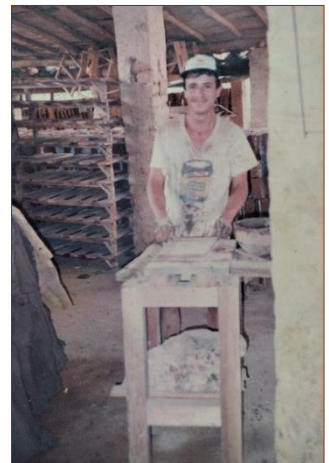
MOLDEO DE TOLETES



Archivo fotográfico 3 Arcilla y Tradición. 2004. Moldeado y corte de toletes octogonales

El tolete es una de las piezas fundamentales en los chircales, ya que sirve tanto para construcción como para reforzar la estructura de los hornos. Se elabora en una formaleta rectangular de madera, donde se deposita una mezcla más arenosa que la usada para la teja, lo que le da mayor firmeza.

El artesano coloca la masa dentro del molde de madera, presiona y compacta con las manos para eliminar burbujas de aire y garantizar un bloque sólido. Luego alisa la superficie con una pala



o con las mismas manos húmedas, retirando el exceso de barro. Una vez listo, el molde se voltea y el tolete se libera sobre el piso o sobre estibas para su secado natural.



El proceso demanda fuerza física y precisión, ya que, por su tamaño y grosor, requiere mayor resistencia en el manipulado porque una mala compactación puede causar grietas. Además de su uso en la construcción, los toletes son fundamentales dentro del mismo proceso productivo, pues sirven para sellar los hornos en la etapa de cocción.



Archivo fotográfico 4. Ramón Atuesta. 2006. Puliendo tolete



Secado al sol



Material recién hecho a la sombra



Material seco listo para entrar al horno

FASE 6 SECADO NATURAL

El secado es un paso decisivo en la elaboración de los productos en barro, ya que de él depende que las piezas lleguen al horno en condiciones óptimas. Un producto recién moldeado contiene gran cantidad de humedad, lo que los hace muy frágiles. Si se apresura esta etapa o no se cuidan las piezas, pueden agrietarse, deformarse o partirse antes de la cocción. Por eso en los chircales se insiste tener paciencia y cuidado.



Tejas recién moldeadas escurriendo al sol

Cada producto tiene su propio tiempo de secado. La teja pasa primero un día en la formaleta, donde conserva la curva del galápago, y luego se baja al piso para continuar el secado durante dos días más. Los toletes y tablones de piso, por su grosor, necesitan un secado más

prolongado, de aproximadamente cinco días, siempre vigilando que la humedad se reduzca lentamente para evitar fisuras. En temporadas de lluvia, este proceso puede extenderse y convertirse en un desafío, ya que la humedad ambiental ralentiza la pérdida de agua y pone en riesgo la producción.



Tejas ordenadas a la sombra luego de escurrir

Una vez secos, los productos se almacenan organizados en pilas ordenadas que los protegen de la humedad del suelo, del viento fuerte y de la lluvia. Esta práctica tradicional garantiza que las piezas se conserven en buen estado hasta el momento del cargue en el horno, *reafirmando la importancia de la paciencia y el cuidado en cada fase del trabajo chircalero.*



Tejas ordenadas a la sombra en camaretas

FASE 7 CARGUE DEL HORNO



Ventanilla de un horno en listo para entrar en funcionamiento tapada con toletes y tablonés

Una vez que las piezas han completado su secado, comienza la etapa del cargue del horno. No basta con llenar el espacio con las piezas ya secas: cada una debe ser ubicada de acuerdo con su grosor, su tamaño y la temperatura que requiere durante la quema. En un horno mediano es posible cargar hasta cinco mil piezas. Este es un proceso colectivo: varios obreros participan pasando pieza por pieza, verificando que no queden huecos grandes ni zonas demasiado apretadas que bloqueen el paso del aire. El objetivo es lograr una circulación de calor constante, evitando que unas piezas queden crudas mientras otras se sobrecocen. Esta organización se conoce como encasillado.

Al completarse el llenado, se procede a sellar el horno. La entrada principal se tapa con una mezcla de barro, tierra y toletes, asegurando que el calor no escape y que la combustión se concentre en el interior. Las ventanas del horno, que servirán más adelante para verificar la quema, también se dejan listas para ser selladas durante la cocción.

En este punto, el horno parece “dormido”, pero dentro guarda arde a más de 1000°C. Los documentos técnicos (Santos & Malagón, 2009) destacan que una mala disposición de las piezas puede causar pérdidas de hasta un 30 % del material, por fracturas o por quemas incompletas.

Un buen alfarero con solo observar el color, el sonido o la disposición, saben cómo lograr un cargue que garantice eficiencia y calidad.



Archivo fotográfico 5. Proceso de creación de un horno. Arcilla y Tradición. 2003

FASE 8: COCCIÓN

Una vez cargado y sellado, el horno se enciende con leña y comienza la quema que dura entre 40 y 80 horas. El proceso empieza con un caldeo lento, sin superar los 100 °C en las primeras horas, y luego se incrementa progresivamente hasta alcanzar temperaturas de 1100–1200 °C, pudiendo llegar incluso a 1400 °C. Durante este tiempo, la caldera se alimenta constantemente con leña, manteniendo un fuego fuerte y estable. Los artesanos saben que el horno está en su punto cuando las llamas salen por las ventanas, señal de que el calor se ha distribuido correctamente en todo el interior.



Ventanilla de un horno lista para ser sellada

Cuando la cocción ha alcanzado la temperatura adecuada, se sellan las ventanas y la boca del horno con barro y toletes. Este encierro permite que el calor acumulado termine de cocinar las piezas, dándoles la dureza, el color y la resistencia que caracteriza la producción alfarera.

Además, se tiene en cuenta la fase lunar: no se enciende durante el cambio de luna, pues se cree que el horno *no da punto* o las piezas pueden salir defectuosas. Algunos artesanos acompañan el encendido con una oración, pidiendo protección y éxito en la quema.

FASE 9: ENFRIAMIENTO Y RETIRO DEL MATERIAL

Después de la quema, el horno no se abre de inmediato. Se deja reposar alrededor de 5 a 11 días, tiempo en el que el fuego interno se apaga solo y el calor acumulado se va disipando lentamente. Si se destapa antes de tiempo, el cambio brusco de temperatura podría fracturar las piezas.



Archivo fotográfico 6. Familia Atuesta. Descargando material del horno

Pasados los días, se empiezan a retirar poco a poco los toletes que sellaban la puerta y las ventanas, permitiendo la entrada de aire fresco. Cuando el horno está completamente frío, se extraen las piezas cocidas, que ahora presentan la dureza, el color rojizo o amarillento y la sonoridad característica del barro bien trabajado. Es un momento de expectativa y de orgullo, pues allí se confirma el éxito de todo el proceso previo.



Material almacenado y apilado luego del enfriamiento

FASE 10: CLASIFICACIÓN Y COMERCIALIZACIÓN



Tolete apilado listo para la venta

Una vez frías y retiradas del horno, las piezas se revisan una a una, donde los alfareros seleccionan las que cumplen con las características de calidad: buena cocción, color uniforme, resistencia al golpe y ausencia de grietas. Aquellas que presentan defectos pueden reutilizarse en parte, o se descartan para evitar pérdidas mayores en la venta.

Las piezas buenas se apilan y organizan para su almacenamiento y distribución. Los principales productos (teja, ladrillo, tolete y tablón de piso) se comercializan tanto a nivel local como regional, siendo reconocidos por su durabilidad y por la excelente reputación del barro de Barichara. Los defectuosos se descartan o se reutilizan en parte como relleno.



Piezas vajilla listas para el proceso de esmaltado



Tablón de piso listo para la venta

Los productos principales son teja, ladrillo, tolete y tablón de piso, en hornadas que pueden alcanzar hasta 4.000 unidades. Actualmente (2025), los precios rondan los \$1.500 COP por teja, \$1.000 COP por tolete y \$1.600 COP por tablón, lo que muchos consideran un pago demasiado bajo para el esfuerzo y dedicación que implica el proceso.



Tablones de piso hexagonales

Algunos artesanos buscan innovar con nuevas formas como pisos hexagonales, octogonales o *guardaescobas* para diferenciarse de la producción industrial.



Producto innovador, toletes tipo alfombras de piso

Más allá de la recompensa económica, la clasificación y venta representan la culminación de un proceso que asegura ingresos para las familias y mantiene viva una tradición artesanal con más de 300 años de historia, orgullo de Barichara y sus comunidades alfareras.

ORLANDO DÍAZ



“Esto se lo hace con todo el amor del mundo. Es dar del alma, de la creación, de las manos, poder crear algo propio. Me siento satisfecho y realizado cuando veo que todo el esfuerzo que se le pone a una pieza es valorado.”

CAPÍTULO 1 – ORLANDO DÍAZ

Comenzó a trabajar con el barro a la edad de 10 años. Su aprendizaje estuvo guiado por la misma comunidad de la vereda, ya que nació y se crio allí, en un entorno donde la alfarería forma parte de la vida cotidiana, de modo que prácticamente se nace con ese conocimiento. En aquella época, el método de enseñanza era más rígido y se aprendía mediante la observación, analizando cómo trabajaban los mayores; había que entender y practicar hasta dominar la técnica. Tardó alrededor de dos años en dominar por completo el oficio, al punto de lograr fabricar nuevas piezas innovadoras, aunque el aprendizaje fue más rápido por crecer en este entorno y estar familiarizado con el trabajo desde pequeño.

Cuenta que, al tener Barichara tiene más de 300 años de historia, toda la teja que conforma el pueblo fue construida en esa vereda, lo que demuestra cuántas generaciones han pasado dedicadas a la alfarería. En sus inicios como aprendiz, enfrentó muchos tropiezos: las piezas se caían o se dañaban constantemente, y debía repetir el proceso una y otra vez hasta lograr buenos resultados, pero fue todo ese arduo esfuerzo lo que construyó dentro de sí, una persona resiliente y noble digna de ser llamada maestro.

Con el tiempo, también se dedicó a enseñar el oficio. Impartió clases en Barichara, en el Taller de Artes y Oficios, donde formó a cerca de cuarenta personas y ha tenido grupos selectos de personas a lo largo de los años a quienes trasmite su conocimiento, generalmente instituciones educativas. No obstante, reconoce que enseñar no siempre es sencillo, ya que, hay ocasiones en las que no valoran lo que se les transmite, lo cual resulta frustrante. Orlando es consciente del valor del conocimiento y la tradición, y es por eso considera que “La alfarería es un arte muy bonito que debería tomarse con seriedad.”

En su familia, dos generaciones se han dedicado a la alfarería, aunque es probable que en su árbol genealógico también existan antepasados artesanos. Este legado no solo representa una tradición, sino que hoy en día se ha convertido en el principal sustento de su hogar. Sus piezas son adquiridas por personas de la comunidad y, con

frecuencia, por visitantes que llegan desde diferentes regiones del país. Incluso, algunos viajeros extranjeros se interesan por su trabajo y se llevan consigo parte de su arte como recuerdo.

Para Orlando, la alfarería representa una parte esencial de la identidad de Barichara. Considera que, este oficio representa una parte importante de la historia y de la esencia del municipio. Recuerda que en esta región habitaron los indígenas guanes, quienes también trabajaban la cerámica, por lo que mantener viva la alfarería es, en realidad, conservar una herencia ancestral.

Desde su perspectiva, quienes visitan Barichara suelen apreciar profundamente este arte. En muchos casos, las personas que vienen de afuera valoran más el trabajo artesanal que los propios habitantes del lugar. Esto se explica de manera sencilla: quienes viven cerca de estas tradiciones las dan por sentadas, mientras que los visitantes las miran con asombro y admiración. Orlando desea que la gente comprenda todo el proceso que hay detrás de una pieza de barro. No quiere que valoren solo el objeto terminado, sino también el esfuerzo y la dedicación que implica hacerlo. Por eso, considera importante que las personas aprendan a reconocer el valor real del trabajo artesanal, no solo por su apariencia, sino por todo lo que implica su creación.

Como alfarero, su mejor momento del proceso es terminar una pieza perfecta, sin embargo, los logros más grandes no son necesariamente materiales, sino emocionales: cuando la gente observa su trabajo y exclama con admiración “¡Esto es una belleza!” o “¡Qué bendición que ustedes hagan esto con sus manos!”; siente que su esfuerzo tiene sentido. Es entonces cuando se percibe valioso para la sociedad, al ofrecer algo que no solo decora, sino que también sirve. Esa valoración del público es la mayor satisfacción que puede recibir como artesano.

En su taller, el enfoque es la elaboración de vajillas, jarrones y piezas decorativas, aunque la mayoría de sus productos son de uso utilitario. Su especialidad es la creación de vajillas, un trabajo que realiza con dedicación y esmero. A lo largo del tiempo, los productos que elabora han cambiado considerablemente en comparación con los que hacían las generaciones anteriores de su familia. Explica que los diseños

se transforman constantemente, pues siempre busca innovar y sacar algo nuevo; en sus propias palabras, el oficio obliga a “reinventarse” continuamente.

En cuanto a la complejidad de su trabajo, asegura que más que difíciles, todas las piezas requieren tiempo y dedicación. Cada creación tiene su proceso, y todos demandan cuidado, paciencia y precisión. Además de la arcilla, emplea esmaltes industrializados que compra y luego prepara a su gusto, mezclando colores y acabados según la pieza que desea crear. Comenta que en la alfarería se trabaja con instrumentos muy sencillos. Utiliza la pica y la pala para la extracción de arcilla y, en el taller, el torno es quizá la herramienta más compleja. Sin embargo, muchas de sus herramientas las fabrica él mismo con materiales simples, como una lata o un pedazo de bambú. Para Orlando, ese ingenio artesanal también hace parte del valor del oficio: la posibilidad de crear sus propios utensilios de trabajo.

Antes de comenzar su trabajo, Orlando acostumbra a realizar una oración. Explica que se trata de un gesto simbólico para pedir permiso a la tierra, el material con el que va a trabajar. Considera que la arcilla es un elemento vivo y que debe tratarse con respeto. “Hay que estar conectado con ella”, dice, “porque si uno está de mal genio o sin disposición, la arcilla no se deja trabajar”. Por eso cree que es necesario mantener una actitud humilde y armoniosa para que el material responda.

Pero no todo en la vida de este artesano es satisfactorio. Orlando señala que, a lo largo de su trayectoria, nunca ha recibido ayuda del gobierno, a pesar de que existen leyes destinadas a la protección del patrimonio cultural y artesanal. Considera que estas políticas se quedan en el papel y que, en la práctica, los artesanos deben sostener sus talleres “con las uñas”, trabajando desde cero sin respaldo económico ni técnico. Además, la legalización de tierras y la obtención de títulos mineros para la extracción de arcilla se han convertido en procesos largos, costosos y complicados, especialmente para pequeños productores que no cuentan con los recursos necesarios.

Frente al futuro del oficio, afirma que cada vez habrá menos personas dedicadas a la alfarería, principalmente por las dificultades legales, la falta de apoyo y las numerosas exigencias impuestas por las corporaciones ambientales y el gobierno.

Explica que, aunque el trabajo es totalmente artesanal, las autoridades los tratan como si fueran industrias, imponiéndoles los mismos requisitos.

Aún con todo esto, le da gran importancia a la transmisión del a las nuevas generaciones, considera que más allá de insistir en que practiquen el oficio, lo más importante es dar ejemplo. La comunidad ha visto su crecimiento y los logros que ha alcanzado gracias a este trabajo. Piensa que la disciplina y el amor que ha puesto en su labor pueden servir de inspiración para que otros también se animen a seguir este camino.



Esmaltado de piezas ornamentales



Creación de piezas en torno



Productos finales de comercialización



Productos finales de comercialización



Productos finales de comercialización



Productos finales de comercialización



Productos finales de comercialización



Productos finales de comercialización



Antiguo horno tradicional



Recuerdos de estudiantes que experimentaron la creación de productos en barro



Taller de fabricación



Taller de fabricación



RICARDO MACÍAS

“Este es el arte de uno”

CAPÍTULO 2 – RICARDO MACÍAS

Comenzó de lleno en el oficio del barro a los quince años. No tuvo un maestro formal, aprendió observando a los vecinos de su vereda, siguiendo con atención los movimientos de quienes moldeaban la tierra. “Así fuimos aprendiendo, de uno y otro”, recuerda. No hubo un momento exacto en el que alguien le dijera “venga, le enseño”; fue más bien un proceso cotidiano, de observación y práctica, se trata de un proceso de herencia comunitaria y retroalimentación diaria. En apenas tres meses dominó la técnica, algo que para alguno toma muchos años. La curiosidad y la constancia le ayudaron a perfeccionar su trabajo con rapidez. Su padre también había sido alfarero, y hoy sus dos hijos continúan con la tradición familiar en el mismo tejar. Ricardo les enseñó como él aprendió: mirando, repitiendo, corrigiendo; pero esta vez acompañándolos durante todo el proceso sin dejar las cosas al azar.

El taller es su única fuente de ingresos; de allí salen las tejas y los ladrillos que vende en distintos municipios como Socorro, Villanueva y otros pueblos cercanos. A veces los clientes llegan directamente al tejar; otras veces lo llaman para hacer encargos y coordinar entregas.

En la familia de Ricardo Macías, la alfarería ha sido la base económica durante generaciones. Hoy, son cuatro las personas que aún dependen directamente de este trabajo, mientras los demás miembros de la familia han buscado otros oficios. Le resulta natural que sus hijos sigan el oficio; desde pequeños los vio interesados en la arcilla y en las formas que esta adopta entre las manos. Sin embargo, reconoce con preocupación que cada vez menos jóvenes se sienten atraídos por la alfarería. “Todos quieren irse a estudiar o salir del pueblo”, comenta con cierta resignación, consciente de que las nuevas generaciones buscan otros caminos.

Trabajar con las manos es más que un oficio: es una manera de poner el alma en lo que hace. Nunca ha usado maquinaria; todo su trabajo ha sido manual, guiado por la fuerza del cuerpo y la sensibilidad de los dedos que dan forma al barro. En cada pieza, dice sin decirlo, deja algo de sí mismo.

Para Ricardo, la alfarería es el corazón de Barichara. Es el oficio que ha sostenido a las familias por generaciones y que ha dado forma al paisaje del municipio: las tejas, los ladrillos y los muros que hoy distinguen su arquitectura nacen del mismo barro que él trabaja cada día. Por eso, imaginar un futuro sin alfareros le resulta impensable. “No sé qué pasaría si se acabara -dice-, porque siempre hemos vivido de esto”. La sola idea le provoca tristeza, como si en esa pérdida se desdibujara parte de la identidad del pueblo.

Aunque no recibe visitantes, si lo hiciera, preferiría mostrarles la tradición en lugar de explicarla. Los invitaría a observar el proceso completo: cómo se prepara la arcilla, cómo se moldea la teja y cómo el fuego del horno da vida a cada pieza. Los animaría a intentarlo, a sentir el barro entre las manos y a descubrir lo que significa trabajar con la tierra. La mejor manera de comprender y darle un valor significativo a cualquier labor es mediante la experimentación.

Uno de sus grandes anhelos es que la gente comprenda que su trabajo no es una simple labor manual, sino una práctica con historia, paciencia y detalle. “Esto se ha hecho desde hace mucho tiempo, siempre con los mismos cuidados”. Como uno de los momentos más significativos de vida: El momento cuando, siendo joven, logró dominar el oficio y comprobar que podía sostenerse con su propio trabajo. En pocas palabras, Ricardo define la alfarería como un arte que se aprende con las manos se transmite con la mirada y se mantiene vivo por costumbre, por amor y por memoria.

Su especialidad es la teja, el producto que más disfruta fabricar y que ha hecho toda su vida, igual que su padre y su abuelo. El proceso, no ha cambiado: sigue usando las mismas herramientas que utilizaban los antiguos alfareros. Entre ellas están la *gradilla*, el *galapo*, la *toletera*, la pala y las *camaretas* donde se acomodan las piezas. Con ellas moldea el barro, lo corta y le da forma.

La arcilla la obtiene de la misma vereda, donde aún se conservan minas con material de buena calidad. “No toda sirve, eso se conoce con los años. Uno ya sabe cuál mina es buena para la teja.” La transporta con carretilla y, una vez en el taller, la deja reposar. “Se echa hoy, se pisa mañana, y después de unas cuatro horas de pisones ya

queda lista para trabajar.” El proceso puede tomar tres días hasta tener la arcilla en el punto exacto.

Ricardo respeta los tiempos de la naturaleza. Afirma que la luna influye en la quema, pues si el trabajo coincide con un cambio lunar, las tejas pueden salir blancas o el horno puede ennegrecerse. Por eso revisa siempre el almanaque antes de encender el fuego.

El horno en el que trabaja tiene una larga historia. Él lo utiliza desde hace tres años, aunque fue construido mucho antes por otro alfarero que dedicó su vida al mismo lugar. La quema dura dos días y una noche, y las piezas deben reposar entre ocho y diez días hasta enfriarse por completo. “Uno sabe que ya está buena la cocción cuando la teja toma un colorcito parejo, ni claro ni oscuro”, explica.

El taller conserva su ritmo antiguo. Ricardo inicia el día temprano y trabaja hasta las tres o cuatro de la tarde, dependiendo del clima. Antes de comenzar cada jornada, tiene una costumbre que no falta: hacer una oración. Pide a Dios que el día sea productivo y que todo salga bien. Para él, esa pequeña oración es una forma de respeto hacia la tierra y hacia su trabajo.

A pesar del esfuerzo diario, Ricardo reconoce que ser alfarero en estos tiempos no es fácil. Las nuevas regulaciones, los permisos y las exigencias para trabajar la arcilla se han convertido en un obstáculo para muchos. Aunque el oficio ha permanecido igual, el entorno se ha vuelto más complicado, y cada vez son menos los que continúan con la tradición. “De aquí a diez años, quién sabe si todavía quede gente trabajando”, reflexiona con cierta tristeza.

“La alfarería es la costumbre”, dice, mientras sus manos dan forma a una nueva teja. En ellas se resume la historia de su familia, el esfuerzo diario y la fe en un oficio que, aunque envejece con el tiempo, sigue siendo el alma de su vida y del Guayabal.



Toletes secos ordenados para continuar el proceso



Tejas en proceso de secado al sol



Chircale tradicional, taller de fabricación



Formaleta de metal con tierra seca para extender el barro y formar la teja sin que se pegue



Tejas listas para la comercialización



Interior de un horno tradicional desocupado



Parte posterior de un horno tradicional por fuera, por donde se ingresa el cabrón y la leña



Tejas acomodadas en camaretas cerca al horno para empezar a quemar y hacer el encasillado



MIGUEL ATUESTA

“La alfarería es la identidad de uno, el trabajo y el arte al mismo tiempo. Eso es lo que soy”

CAPÍTULO 3 – MIGUEL ATUESTA

Desde muy pequeño, casi desde los seis años, comenzó a acercarse al barro. Mientras asistía a la escuela, ya sentía curiosidad por esa masa húmeda que sus manos querían moldear. Al principio jugaba, pero pronto comprendió que el barro no era solo un pasatiempo, sino un oficio que había acompañado a su familia por generaciones. Su padre y su abuelo eran alfareros, y de ellos heredó el amor por la tierra y el fuego.

Aprendió mirando. Su padre le mostraba los primeros pasos: cómo tomar la arcilla, cómo aplanarla, cómo moldear un ladrillo. “Esto es un proceso, un proceso lento.” Con paciencia y práctica, fue dominando la técnica. Al comienzo solo hacía unas veinte piezas al día asegura; luego, con esfuerzo, alcanzó las cincuenta, las cien, las doscientas... hasta llegar a producir seiscientos ladrillos diarios cuando tenía apenas unos diez años.

Con el paso del tiempo, el oficio fue cambiando. Antes se trabajaba directamente en el suelo; ahora, con la ayuda de tablillas, el proceso resulta más ordenado y eficiente. En su familia, tres generaciones se han dedicado a la alfarería: su abuelo, su padre y él. Un sobrino, todavía estudiante, se asoma como posible heredero del oficio, aunque aún no sabe si tomará el mismo camino o elegirá otro rumbo.

Entre las memorias de su aprendizaje, recuerda con humor los accidentes de los primeros años como el día que parte del ganado escapó del potrero y pisotearon los ladrillos recién moldeados, otras veces lluvias repentinas arruinaban el trabajo de todo un día, o incluso tablillas que se caían bajo el peso del barro fresco. “Eso sí pasaba mucho -dice-, pero de todo eso uno aprende.”

En su familia, la alfarería es más que un oficio: es la fuente de sustento y el centro de unión. Siete personas dependen directamente de este trabajo: su madre, su hermana, su tío, su primo, sus sobrinos y los obreros que lo acompañan en el taller. “Aquí vivimos de esto, como la mayoría de los del Guayabal.” La alfarería es su único ingreso, su día a día, su vida entera. Los productos se venden a clientes que ya conoce desde hace tiempo. Algunos llegan al taller por recomendación, otros lo contactan por teléfono o por WhatsApp, donde promociona su trabajo mostrando fotos de los

ladrillos y pisos recién salidos del horno. Esa mezcla de tradición y tecnología le ha permitido mantenerse vigente sin perder la esencia artesanal del oficio.

Hoy es él quien enseña. Ha transmitido el oficio a su sobrino en los ratos libres, mostrándole poco a poco cada paso del proceso. Lo más difícil, confiesa, es la quema: un trabajo exigente y de gran responsabilidad. “Yo no la hago, porque eso es pesado. El horno se prende entre cuarenta y cuarenta y cinco horas seguidas, y después hay que dejar que el material repose de ocho a diez días.” Por eso prefiere contratar a alguien con experiencia para esa parte del trabajo.

De lo demás, dice, todo tiene su grado de dificultad. Enseñar a preparar la arcilla con los toros, por ejemplo, requiere tiempo y práctica, porque no todas las tierras son iguales. Algunas son más duras y necesitan más horas de trabajo, mientras que otras se ablandan más rápido. Los animales trabajan unas cinco horas por jornada, y este proceso se realiza solo dos veces por semana, dependiendo del rendimiento del barro. El resto del tiempo, los animales están pastando libremente.

Aunque la alfarería ha cambiado con los años, Miguel mantiene el deseo de que su familia conserve la tradición. Tiene la esperanza de que su sobrino continúe con el oficio, para que el arte de moldear la tierra, aprendido desde su niñez, no se pierda entre las generaciones. No obstante, se han hecho algunos ajustes, como el uso de estructuras de madera o techos de zinc para proteger el material del clima, pero la esencia del proceso sigue siendo la misma. El oficio depende tanto del barro como del tiempo: del sol, de la lluvia y, a veces, hasta de la luna.

Para él, la mejor forma de despertar el interés de los jóvenes por la alfarería es a través de la capacitación. Considera que, si se ofrecieran más espacios de formación, los muchachos podrían descubrir el valor y las posibilidades de este oficio. También cree que es necesario innovar en los métodos de trabajo, pues los antiguos procesos como el uso de toros para preparar la arcilla están desapareciendo. “Hay que buscar otro método diferente”, dice con la certeza de quien entiende que la tradición solo sobrevivirá si aprende a adaptarse.

Cuando imagina la posibilidad de que este trabajo desaparezca en Barichara, su voz se torna seria. Piensa que con la pérdida del oficio se desvanecería parte de la

identidad del municipio, porque son precisamente los alfareros quienes han dado forma a los pisos, las tejas y los ladrillos que caracterizan al pueblo. “Barichara está hecho con todo lo que hay allá abajo”, dice, refiriéndose al barro que sostiene la arquitectura y la memoria del lugar.

Hay algo de lo que un alfarero puede sentirse orgulloso, y es aquello que lo distingue, en el caso de Miguel: la innovación. Encuentra satisfactorio experimentar con nuevas formas y diseños, rompiendo la rutina de lo tradicional. Ha creado ladrillos rectangulares, hexagonales y pentagonales, además de toletes redondeados o semirredondos, piezas únicas que representan su deseo de mantener la tradición sin dejar de avanzar.

Cuando se le pregunta qué significa ser alfarero, no duda en responder:

“Significa mantener la cultura.”

Y en esa frase se resume toda su labor: un compromiso silencioso con la memoria, el territorio y la esencia de Barichara.

Su especialidad son los ladrillos de piso: tablones, bordes, toletes y piezas decorativas. Los tradicionales de 20x20 o 25x25 siguen siendo los más vendidos, aunque ha ido innovando con formas hexagonales, octogonales, pentagonales y medialunas. Su espíritu creativo lo ha llevado a fabricar diseños exclusivos para arquitectos que buscan un toque distinto en sus obras.

El alfarero conoce el fuego como quien conoce el pulso de un ser vivo. Observa el humo, la intensidad de la llama y el color del horno. Sabe que la luna influye en la quema: si coincide con un cambio lunar, el horno “se frena” y no alcanza la temperatura adecuada. “Le echa uno leña y leña, y no da punto”, explica. En esos casos, debe esperar a que la luna cambie para que el calor vuelva a fluir.

Desafortunadamente como ya en este punto, apreciado lector, puede intuir, Miguel Atuesta afronta grandes retos, entre los más desatacados está el hecho de sentirse junto con otros colegas cada vez más “apretados” con las normas a cumplir impuestas por la ANM y la CAS para mantener el título minero y continuar con la actividad. Algunos de estos requerimientos significan un reto para los artesanos, ya

que, al manejar técnicas tan tradicionales no se tienen muy presentes los requerimientos de ley.

Pero si hay algo que Miguel tiene claro es que hay que hacer lo posible para no dejar morir la tradición. Trabajar con las manos es, para él, una cuestión de identidad. No lo ve solo como un oficio, sino como una forma de reconocerse en la materia, de mantener vivo un arte que define su vida y su historia. La alfarería es diferente a cualquier otro empleo: requiere esfuerzo, paciencia y una conexión con la tierra que pocos oficios conservan.



Expresiones artísticas y en cada rincón



Ave moldeada y cocinada en el horno en perfectas condiciones



Bajo el plástico, barro preparado para moldear. Creación de tablones de piso en formaleta.



Tablones de piso recién moldeados



Tablones de piso con formas innovadoras



Horno en proceso de cocción (quema) sellado con barro y toletes



Chircal tradicional, taller de fabricación



Material para columnas, medialunas de varios tamaños



TOBÍAS TRIANA

“La alfarería es un arte... Es un arte y no todo mundo lo sabe hacer, es un don concedido por el creador. Ser alfarero es mantener viva la herencia de Barichara. Es trabajar con las manos, pero también con el corazón. “

CAPITULO 4: TOBIAS TRIANA

Comenzó a trabajar el barro a los doce años, cuando apenas empezaba a descubrir la disciplina que exige la tierra. Su padre y su hermano mayor fueron sus maestros, un oficio que en su familia ya contaba con tres generaciones: su abuelo, su padre y ahora él. Diariamente, se acercaba al taller, observaba los movimientos de los mayores en el negocio familiar y los imitaba hasta dominar las técnicas de la teja y el tolete.

En unos seis meses ya se sentía seguro, aunque reconoce que fue un proceso de ensayo y error. Al igual que le sucede a cualquiera que apenas está comenzando a manejar los moldes, constantemente se le abrían las tejas a la mitad. “Eso pasa cuando uno no sabe sobar ni apretar bien la masa”, comenta entre risas, entendiendo ahora que los errores fueron parte del aprendizaje.

Hoy enseña a su hijo, no tanto con la intención de que se dedique plenamente al oficio, sino para que no se pierda la tradición. Considera que aprender no es difícil; lo difícil es querer hacerlo. “El que no aprende es porque lo ve difícil”, asegura con convicción. Para él, extender la teja es sencillo, pero darle la forma, “pararla” y moldearla hasta alcanzar la curvatura perfecta, es el verdadero reto para un principiante.

El momento más memorable y significativo en su vida como alfarero fue cuando su padre, un día cualquiera, le entregó el taller. “Cójalo usted, yo no lo trabajo más.” Desde entonces, empezó a trazar su propio camino. “De obrero pasé a patrón”, recuerda con una sonrisa, consciente de que ese paso marcó el inicio de su independencia y el legado que hoy sostiene con orgullo.

Actualmente, unas diez personas dependen de su trabajo. Su taller es un espacio donde cada integrante cumple un papel, y el oficio se ha convertido en el sostén de toda la familia. Los clientes suelen ser particulares, personas de la región andina que buscan materiales para construir sus casas. La mayoría llega por recomendación o por tradición.

Su especialidad es la teja, aunque también fabrica *toletes*, piezas más pesadas y difíciles de moldear. “El tolete es más complicado, requiere más fuerza”, explica. La arcilla que utiliza proviene de la misma finca familiar. La eligen por su color -entre más rojiza, más firme-, y con solo mirarla ya sabe si está lista para el trabajo. “Yo lo hago a ojímetro, ya no necesito ni tocarla.” El proceso sigue siendo completamente artesanal. Solo utiliza herramientas básicas: pica, pala, los moldes, los bueyes y el toro. El barro se prepara con paciencia, mezclando la tierra y el agua hasta lograr la consistencia ideal. La luna sigue teniendo un papel importante. “Si se hace la quema el día de cambio de fase, el horno no da punto. El color del fuego cambia y el material no *cuece* bien.” Por eso, esperan un día antes o después para encender el horno y asegurar una cocción perfecta.

No obstante, el oficio se ha transformado hacia una práctica más cómoda y eficiente. Antes todo se hacía a cielo abierto, bajo el sol intenso y con el barro extendido en el piso. Hoy se trabaja en estructuras tipo *caney*, con techos y camaretas que permiten proteger el material de la lluvia y aprovechar mejor el espacio. “Eso ha cambiado mucho. Antes uno no podía ni pisar a la sombra, ahora trabajamos más frescos y sin perder tanto material.”

El oficio lo heredó de su familia, pero también del territorio. Explica que en el Guayabal la alfarería floreció gracias al terreno arcilloso que se presta para el trabajo. Trabajar con las manos es una costumbre natural. Creció entre barro, tejas y hornos encendidos, así que moldear la tierra no le resulta extraño, sino parte de su identidad. No lo ve como un trabajo, sino como una forma de vida. “Uno se crio en el barro, ya no lo siente”, dice con serenidad, y en sus palabras se percibe la calma de quien ha hecho del oficio una extensión de sí mismo. “Si se acabara la alfarería en Barichara, se acabarían las empresas familiares” dice siendo consciente de que, con ellas, desaparecería una de las tradiciones más antiguas que aún dan identidad al municipio. La posibilidad de que un día ya no existan chircales le preocupa; sabe que en cada horno encendido hay un hogar.

Uno de los mayores retos que enfrentan los alfareros del Guayabal es la restricción sobre el uso del suelo y la explotación del subsuelo. “Nosotros trabajamos a cielo

abierto, pero la ley dice que uno solo es dueño de cuarenta centímetros de tierra; de ahí para abajo es del gobierno.” Esa condición los obliga a contar con títulos mineros y permisos ambientales, gestionados en parte gracias a Asoguayabal.

Tobías es un hombre pulcro con su vida y su trabajo. Le gusta trabajar “pulido”, como él mismo lo llama: con detalle, cuidado y perfección. Para él, cada pieza debe hacerse con alma, vida y corazón, porque cada una está moldeada a mano, una por una. Esa es la diferencia entre un oficio cualquiera y el arte del barro: la dedicación invisible que queda en cada curva, en cada teja, en cada ladrillo. El trabajo, sin embargo, es duro y el pago, sigue siendo “Muy barato para el esfuerzo que tiene”, afirma. Si el precio reflejara el valor del trabajo artesanal, muchos más jóvenes lo verían como una opción de vida digna. Para que los jóvenes se interesen en la alfarería, debe existir un mejor comercio, un reconocimiento económico justo.

Este oficio no se trata de producir más, sino de lograr un comercio más justo. “Que le topen el valor, porque hay mucha oferta y poca demanda.” Para él, la alfarería merece un lugar más visible en el mercado, un reconocimiento que equipare el esfuerzo con la ganancia. Sobre el futuro, su tono se vuelve más reflexivo: “A como vamos, van a quedar menos. De sesenta hornos que había, ahora quedamos unos treinta.” Sabe que la juventud prefiere otros caminos, y que el relevo generacional es cada vez más incierto.



Tejas secas al aire libre listas para entrar al horno



Tolete listo para su comercialización



Extracción del barro de la pila. Se humedece y divide con las piernas para sacarlo a mano



Camaretas para acomodar el material fresco



Tejas secándose al aire libre bajo techo



Tolete secándose al aire libre bajo techo



Chircal tradicional estilo caney



Horno tradicional familiar



RAMÓN ATUESTA

“El que no se unta no aprende. Vengan, únanse al patrimonio, porque en Barichara muchos solo lo miran, son observadores del patrimonio. Pero aquí pueden untarse de él.”

CAPÍTULO 5: RAMÓN ATUESTA

Comenzó a trabajar el barro a los cinco años, junto a sus padres. Desde entonces, ha permanecido siempre cerca de los procesos artesanales que dan vida a la teja de barro *guayabalera*. Su padre fue quien le enseñó el oficio, junto con los obreros que trabajaban en el taller familiar. “Mi papá siempre tuvo obreros, y nosotros nos acercábamos a mirarlos, a observar cómo hacían todos los procesos, y así fuimos aprendiendo”, recuerda.

El aprendizaje no tardó mucho. En tan solo un mes ya era capaz de moldear con soltura. “Después de que uno se concentre y le guste, todo fluye”, asegura. Aprendió el oficio tal como hoy lo enseña, pues se ha mantenido fiel a la tradición. “Esto tiene más de 320 años. Hemos sabido conservar las mismas herramientas, los mismos procesos, todo. No hemos alterado en nada esta enseñanza”.

Ramón es un personaje fundamental a la hora de retroalimentar la memoria colectiva e identidad cultural del territorio, a lo largo de su vida a realizado múltiples estudios e investigaciones, incluso, el veinticinco de enero del año 2007 participa en la del decreto número 011 de 2007 “POR EL CUAL SE DECLARA LA TEJA DE BARRO COMO PATRIMONIO CULTURAL PATIAMARILLO DEL MUNICIPIO DE BARICHARA, SANTANDER Y SUS HABITANTES” expedido por la Alcaldía de Barichara. 2007, mismo año en el que inició su proyecto turístico La Villa del Alfarero.

Es tecnólogo en Gestión Empresarial (UIS), con formación en Guianza Turística, Panadería y Pastelería, Electricidad y Turismo Empresarial (SENA). Ha dedicado su vida a rescatar y preservar los saberes ancestrales del oficio artesanal y gastronómico de Barichara. Ha participado y recibido reconocimientos en eventos gastronómicos como “El Pan Artesanal de Don Ramón Atuesta Barichara”, ganador del Primer Puesto Municipal (2016), y en los concursos “Los Fogones de mis Monos” y “Duelo Gastronómico Innvotur Cinco (2018)”. También fue finalista del evento Cocinas y Fogones Santandereanos (2018 y 2019), obteniendo el reconocimiento al “Segundo Puesto más Representativo y de Trascendencia Nacional”.

La alfarería ha estado presente en su familia por seis generaciones. Su bisabuelo, Eduardo Atuesta, fue el primero. Luego siguieron su abuelo Lucas, su padre Adán y, más tarde, él junto a sus once hermanos. Hoy, los hijos y nietos continúan con la labor, manteniendo viva una herencia que ha trascendido siglos. “Todos los Atuesta de la vereda estamos emparentados. Hay bastantes, y todos, de una u otra forma, tenemos raíces en este oficio.”

Sobre el origen de la tradición alfarera en el Guayabal, cuenta que su padre solía narrar cómo en un principio los hornos no se usaban para cocer barro, sino para quemar caliche, una piedra blanca utilizada para producir cal. Con el tiempo, esos mismos hornos comenzaron a adaptarse para la cocción de ladrillos y tejas. “Papá nació en 1926 y siempre vio los mismos hornos, los mismos procesos, las mismas cosas”, comenta.

De sus años de aprendiz conserva recuerdos llenos de curiosidad y asombro. Le fascinaba observar cómo los obreros moldeaban las tejas y les daban forma con una herramienta llamada *galapa*, sin que estas se cayeran. “Me llamaba mucho la atención ese proceso -dice sonriendo-, así que intenté hacer lo mismo, pero al principio las mías se torcían todas”. Con paciencia y práctica, junto a sus hermanos, logró finalmente que sus piezas resistieran.

Otra de sus memorias más vívidas es la de los bueyes pisando el barro. “Los bueyes giraban sin descanso, y al final del día sacaban una masa suave, como una plastilina”, recuerda con admiración. “Yo no podía entender cómo era posible que esos animales hicieran todo eso. Era increíble”. Así, entre la fuerza de los animales, el calor del horno y la constancia de sus manos fue forjando su identidad alfarera. Una identidad que, como el barro mismo, ha resistido el paso del tiempo.

Su especialidad es la teja artesanal, aunque también produce pisos de distintos formatos: tablones de 21x21, 25x25 y 30x30 centímetros, además de la *guardaescoba*, una pieza delgada que se coloca sobre las paredes para protegerlas de la humedad y el trapeador. En los últimos años, uno de sus hijos ha comenzado a experimentar con pisos octogonales y de tres esquinas, explorando nuevas formas que permitan innovar dentro de la tradición.

“Eso es muy importante para nosotros”, afirma, “porque así no se vuelve tan repetitivo y cotidiano el mismo producto: la teja y el cuadrado”.

Sin embargo, reconoce que la innovación también ha traído algunos desafíos. “Eso ha sido un problema para nosotros en la comercialización, porque el mercado se invadió con esos nuevos productos y nos ha tocado competir con ellos”.

Con el tiempo, los productos han cambiado muy poco. “De pronto lo único fue el tamaño de los pisos. Antes eran muy gruesos, los que hacía mi papá y todos ellos. Nosotros cambiamos los moldes, que son de madera, y los hacemos más delgados, con la idea de que quepan más unidades dentro de un horno”. Esa modificación les ha permitido mejorar la rentabilidad indirecta sin desmejorar la calidad: si antes cabían cinco mil piezas, ahora pueden llegar a meter hasta siete mil. “Así obtenemos un poquito más de ganancia”, dice con orgullo.

Conserva las herramientas tradicionales: la pica, la pala, el machete, el caballo, los bueyes y el saber de quemar con leña seca y madera. “Eso lo hemos conservado, porque si usamos carbón mineral u otro combustible, dejaríamos de ser artesanales y se nos catalogaría como industria”. Consciente de los retos normativos, ha aprendido a identificar los límites que les permiten preservar el carácter artesanal del oficio.

Saber cuándo el barro está listo es una experticia adquirida con la práctica. “Los bueyes entran al círculo de la pila, que tiene cuatro metros de diámetro, y giran de derecha a izquierda, una y otra vez. El que los guía debe saber exactamente en qué momento poner el agua y cuánto agregar, hasta obtener una arcilla plástica al final de la tarde”. Este proceso tarda entre cuatro y seis horas, y se repite una o dos veces por semana. Los animales son alimentados antes y después del trabajo, “viven mejor que uno”, dice entre risas.

En la etapa de cocción, las lunas marcan el ritmo del fuego. “Para las quemas, que duran entre 70 y 80 horas de candela día y noche, hay que evitar los cambios de luna”, explica. Ni menguante, ni creciente, ni luna llena ni nueva. En esos días, el horno “no da punto” y los materiales salen mal.

En los tejares de Guayabal no existen termómetros digitales ni sensores modernos que indiquen con precisión el calor dentro del horno. A pesar de que la mayoría de los alfareros por su experiencia u observación saben en qué momentos está el producto ¿Existe un método definitivo para medir la temperatura del horno? Claro que sí, todo se mide “*campesinamente*”, como dice don Ramón. “Nosotros sabemos que el vidrio funde a unos 1000 grados. Entonces le metemos un pedazo de vidrio al horno, y si sale derretido, quiere decir que ya superó esa temperatura”. También utilizan trozos de hierro, como varillas o clavos, sabiendo que este material se funde a unos 1500 grados. “Cuando deshornamos y vemos que el hierro no está fundido, sino cristalizado, sabemos que la temperatura no llegó a 1500. Pero como el vidrio sí se derretió, deducimos que el horno alcanzó más o menos los 1200 grados”.

Las temperaturas de la leña no alcanzan los 1500 grados, pero sí exigen una atención constante. “Hay que estar muy pendiente del punto exacto. Si nos pasamos de candela, las piezas se tuercen y se *enchonetan*; y si falta fuego, salen pasmadas, blancas, crudas... y eso no se puede vender”.

Además, deben cuidar que las piezas no presenten “*chulitos*”, esas pequeñas pintas negras que indican cocción incompleta. “Cada *chulito* es una teja cruda”, dice. “Así que hay que estar atentos para que la merma sea buena, el color sea parejo y el horno haya hecho bien su trabajo”.

La precisión, la experiencia y el respeto por los ciclos de la naturaleza siguen siendo la base del oficio. Entre el fuego, la tierra y la luna, la alfarería guayabalera conserva el alma que la ha mantenido viva por más de tres siglos.

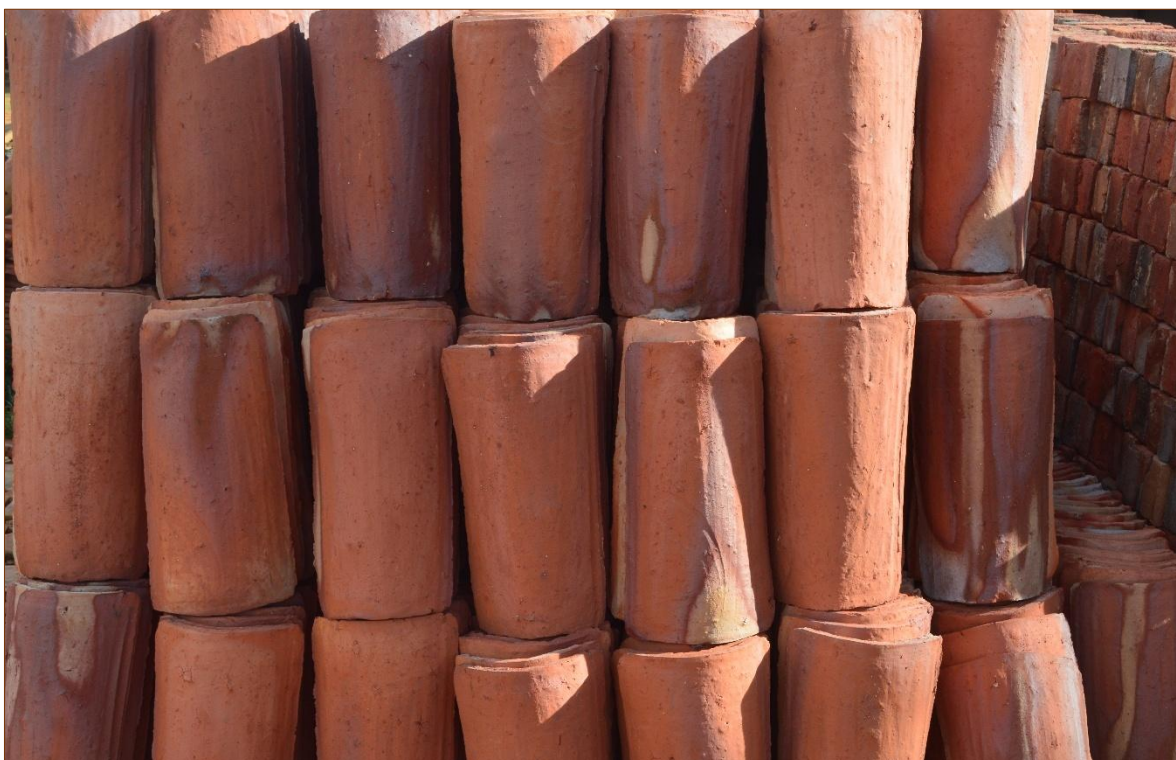
Sin embargo, el futuro del oficio no parece tan sólido. En una asamblea general de la Asociación de Artesanos del Guayabal, los datos revelaron una realidad preocupante: la mayoría de los alfareros superan los 40 años. “Si miramos dentro de 20 años reflexiona, esto va a estar en decadencia. Los jóvenes no le están apostando al oficio porque no es rentable. Muchos se han ido: los que se gradúan del colegio se van a la Costa a trabajar, otros se meten al Ejército, otros optan por irse a estudiar a la ciudad. Así se nos han ido muchos muchachos”.

El relevo generacional se mantiene apenas en la infancia. “A los nietos les gusta desembarrarse, jugar, moldear figuritas. Una de mis nietas, que tiene 11 años, ya hace tejas. Cuando vienen grupos de colegios, ella les enseña a los alumnos cómo moldearlas. Es capaz de hacerlo sola”. Entre risas, cuenta que los más pequeños también participan, aunque más por diversión que por vocación.

Por eso, insiste en que la única forma de darle futuro al oficio sería establecer un sistema de costeo y comercialización justo, que permita reconocer el verdadero valor del trabajo artesanal. “El producto tiene alma y tiene historia, pero si no se paga lo que vale, los muchachos no van a querer seguir”.



Chircale tradicional, taller de trabajo



Tejas listas para ser comercializadas



Secado de tolete al sol



Tablones de piso en camaretas



Secado de tolete al sol



Mesa de trabajo, donde se pulen tablones y toletes



SABERES COLECTIVOS

El barro en Barichara tiene muchas manos, pero cinco de ellas reflejan con fuerza su transformación: Ricardo Macías, Orlando Díaz, Miguel Atuesta, Ramón Atuesta y Tobías Triana. Cada uno representa un momento distinto del oficio, una forma particular de relacionarse con la tierra y con el fuego.

Ricardo Macías cuenta con un taller parece detenido en el tiempo: los bueyes aún pisan la tierra, el horno se alimenta con leña y el secado sigue siendo al sol en el piso, pieza por pieza. Para él, la alfarería no es solo un trabajo, sino una promesa con sus antepasados. No busca modernizar el proceso ni acelerar el resultado; su orgullo está en mantener las técnicas que heredó, en conservar el sonido y la textura del barro tal como lo aprendió.

Orlando Díaz, en cambio, ha tomado otro camino. En su taller muestra una cara más contemporánea del oficio. Ha reemplazado las bestias por maquinaria que remueve la mezcla con precisión y constancia. Su horno, antes de leña, ahora funciona a gas, lo que le permite un mayor control de la temperatura y menos impacto ambiental. Orlando ha encontrado en la alfarería una forma de conectar con los visitantes: produce vajillas, piezas decorativas y utilitarias que ofrece directamente al turista, mostrando que la tradición también puede adaptarse al mercado actual sin perder su esencia.

Miguel Atuesta expande su taller poco a poco, con una organización que refleja disciplina. Conserva las técnicas tradicionales, pero su impulso está en la innovación: busca mejorar la calidad del producto, optimizar los procesos y dar a la alfarería un lugar visible dentro del desarrollo local. En Miguel se percibe un equilibrio entre respeto por lo aprendido y deseo de transformar.

Ramón Atuesta, por otra parte, aunque ha vivido la alfarería desde su forma más dura y rudimentaria, ha comprendido la importancia de mostrar su oficio al mundo. Ha participado en encuentros, exposiciones y proyectos culturales que buscan

visibilizar el trabajo alfarero. Más que producir en cantidad, Ramón hoy se dedica a compartir lo que sabe.

En cuanto a Tobías Triana, su trabajo es también una historia familiar: Su taller no pertenece a un solo nombre, sino a un apellido que ha crecido entre hornos y montones de barro. Aprendió de su padre, y junto a sus hermanos ha mantenido vivo el oficio, repartiendo tareas, compartiendo turnos y sosteniendo el fuego como quien cuida un legado común. En su chircal, cada pieza lleva un pedazo de historia familiar: la voz del padre que enseñó a medir el barro, las risas de los hermanos mientras moldean, el silencio compartido cuando el horno arde.

Ahora bien, hay algo que todos ellos comparten: Desde muy jóvenes quedaron maravillados con la práctica del oficio y se convencieron de dar todo de sí para aprender las técnicas de sus mayores. Observaban cortar el barro, oír el sonido del agua, medir con la vista el punto justo de la mezcla. Así, sin libros ni planos, el conocimiento se transmitía por generaciones, como un lenguaje que solo se aprende con las manos.

Así como lo menciona Antonio Ramírez Bernal, cofundador y gerente de la Ladrillera Versailles junto a sus dos hermanos, la historia del barro también se trata de ingenio y perseverancia. Su empresa nació de un terreno que parecía no servir para nada, una cañada erosionada y estéril que su padre había abandonado por falta de productividad. Sin embargo, Antonio y sus hermanos descubrieron que la tierra escondía un recurso valioso: arcilla de calidad, muy similar a la del Guayabal. Al ver ese potencial, decidieron aprovecharla, observando y aprendiendo cómo se trabajaba en la vereda vecina. Así, con herramientas básicas, una pila, agua y mucha voluntad, levantaron lo que sería una pequeña fábrica artesanal. Al principio todo era manual: se mezclaba la tierra con los pies, se pisaba con bueyes o con un caballo que giraba alrededor de un eje para batir la arcilla. Con el tiempo, adaptaron nuevas herramientas y, más adelante, Antonio incorporó nueva maquinaria, integrando la técnica moderna sin perder el espíritu artesanal.

“Resiliencia, tenacidad, persistencia, constancia y aguante”, dice Antonio. “Aguante todo lo que se le venga, porque de eso se trata, de sacar adelante un proyecto.”

Aunque su historia tiene tintes empresariales, no pierde de vista el valor artístico del oficio. “La alfarería es un arte milenario, un arte muy noble porque trabaja con la nobleza de la arcilla, que se deja moldear y conformar.” Para él, el barro es el material más humilde y al mismo tiempo el más poderoso, porque ha acompañado al ser humano desde los comienzos de la civilización. “Los asirios construían con ladrillos hace más de cinco mil años, y hoy seguimos haciéndolos igual: moldeando la tierra, secándola y quemándola. Es la misma historia, solo con distintas herramientas.”

Sus palabras resumen el espíritu compartido de quienes viven del barro: transformar la tierra con esfuerzo, sostener la herencia con dignidad y seguir moldeando el futuro con las manos.

DONDE LA TIERRA ELIGE AL ARTESANO

Aunque la mayoría de los alfareros de Barichara heredaron el oficio de sus padres o abuelos, también existen historias que nacieron fuera del Guayabal, impulsadas por la curiosidad y el amor por la arcilla. Tal es el caso de un artesano que aprendió el oficio por cuenta propia, lejos de su tierra natal, pero que con el tiempo terminó siendo parte del mismo legado alfarero.

PEDRO SAÚL SUÁREZ



Comenzó a trabajar el barro en 1990, cuando tenía apenas 16 años. No venía de una familia alfarera ni del Guayabal, sino de Molagavita, Santander y por cosas del destino resultó en una vereda de Girón, donde se encontró con un grupo de personas

moldeando arcilla. “Los vi trabajar y me gustó”, recuerda. Aquella curiosidad fue suficiente para quedarse. Su primer maestro se llamaba Nemesio, el hombre que le enseñó cómo se hacían los ladrillos y le mostró el valor del oficio manual.

Aprender no le tomó mucho tiempo. En una semana ya podía practicar y repetir los movimientos, aunque dominar la técnica fue cuestión de paciencia. “Desde que sea manual, todo sigue igual”, dice, resaltando que la esencia del oficio no ha cambiado. Las transformaciones llegaron con la industria, pero en su trabajo, todo sigue dependiendo de las manos.

A diferencia de muchos de sus compañeros, no heredó el conocimiento por tradición familiar. Se considera autodidacta, alguien que se “defendió solo”, guiado por la observación y la práctica constante. Reconoce que el Guayabal tiene una larga historia alfarera. “Esto siempre ha sido una región minera, la gente vive del barro desde hace siglos. Yo creo que llevarán unos trescientos años o más trabajando la arcilla por aquí.”

Cuando recuerda sus primeros días, todavía sonríe ante los errores de aprendiz. Una de sus primeras experiencias fue con el *pateado*, cuando extendía el barro en el suelo para compactarlo. “Ese día dio duro el sol y se me partió todo el material... me dio tristeza ver cómo se me dañó por no dejarlo bien apretado con las manos.” Aquella lección nunca la olvidó: en la alfarería, cada descuido se paga, y cada error enseña.

Con los años, ha enseñado su oficio a otras personas que se acercan por curiosidad. “Uno siempre tiene que enseñar, hay que dejar que el conocimiento siga.” Sin embargo, reconoce que lo más difícil para los nuevos es acostumbrarse al barro, a su textura pegajosa y a la fuerza que exige moldearlo. “Al principio se les pega todo, es berraco... pero con el tiempo aprenden.”

Sueña con crear un semillero, un espacio donde los jóvenes puedan conocer y valorar la alfarería, aprender desde la práctica y descubrir que en el barro también hay futuro. “Muchas generaciones han salido del barro y otras podrían seguir si les gusta el campo y la arcilla.”

Para Pedro, trabajar con las manos es algo profundamente significativo. Lo describe como “hermoso”, una actividad que le ha gustado desde siempre. Cuando moldea la arcilla siente que el tiempo pasa distinto, más liviano. “Eso es como una terapia”, dice, porque el trabajo del barro no solo ocupa las manos, sino también la mente. Le permite concentrarse, pensar, crear y desconectarse de las preocupaciones. “Desarrolla uno mucho la mente y le pasa el tiempo bonito”. Además, resalta las propiedades del material: “Es una arcilla sanativa”. Para él, el barro no solo se moldea, también sana: hay en el contacto con la tierra una energía que equilibra, que calma.

Su trabajo ha cambiado con los años. Empezó en Girón haciendo tejas y ladrillos, luego se trasladó a la vereda El Guayabal, donde construyó su propio horno y más adelante se dedicó al trabajo ornamental. Recuerda con cariño esa etapa, cuando moldear vasijas era una forma de mantener viva la memoria de los antepasados: “Antes se usaban ollas de barro para todo, para cocinar, para comer... eran mejores que las de ahora, aunque más pesadas. Pero hoy todo es aluminio, más fácil, aunque dañino para la salud”.

Pedro dice que sus mejores momentos los pasa moldeando el barro. Ese instante lo conecta con algo más profundo: “La palabra alfarero está desde las escrituras, desde cuando nuestro Señor Jesucristo nació. Es moldear el barro, darle forma a la creación”. Con esa convicción ha trabajado toda su vida, sosteniendo en su momento a su esposa e hijas únicamente con el oficio. “Nos defendíamos del barro”, recuerda con orgullo. Durante años fabricó ladrillos de piso, tejas, enchapes y ladrillos para muros, también se dedicó a las piezas ornamentales. Sus principales compradores eran las ferreterías y los maestros de construcción. Sin embargo, las dificultades económicas lo llevaron a cambiar de rumbo. “Me fui para la costa como comerciante, por el bienestar de la familia”, explica. Aun así, nunca abandonó el barro por completo. Hoy trabaja como empleado en un taller, pero sigue sintiendo que pertenece a ese mundo.

Entre los problemas más grandes que enfrenta actualmente menciona la contaminación, las exigencias de las autoridades ambientales y las restricciones para

explotar las minas. “Nos culpan de deforestar, pero no es cierto. La leña que usamos viene de los residuos de carpintería, la compramos para poder quemar el material”, aclara. A pesar de las dificultades, mantiene su respeto por la tierra y las tradiciones, se encomienda a Dios antes de empezar, convencido de que todo trabajo debe hacerse con fe y cuidado. Pedro Suárez sabe que el futuro del oficio está en riesgo. “Los jóvenes prefieren irse a la ciudad, estudiar, buscar otros trabajos”, dice con cierta resignación. Pero también tiene esperanza. Para él, mientras haya quien ame el barro, la alfarería seguirá viva, porque este oficio no se olvida: se queda en las manos, en el cuerpo y en el alma.

EL ALMA DEL CHIRCAL



En los talleres alfareros de Barichara el silencio nunca existe. Desde temprano, un radio viejo acompaña el movimiento de las manos y del barro. Suenan las voces conocidas de Villanueva Estéreo, El Mirador Estéreo, entre otras emisoras regionales que entrelazan noticias, música,

sátira y dedicatorias de amor. La radio no es solo compañía: es el pulso del día, el reloj que mide el ritmo del trabajo y mantiene el espíritu creativo.

En las paredes, junto al polvo del tiempo, cuelga el infaltable Almanaque La Cabaña, con sus santos, consejos y fases de la luna. Es una guía para muchos artesanos que aún miran en él cuándo es mejor amasar, secar o cocer el barro. “En luna tierna no se quema”, dicen, recordando el consejo de sus mayores.

En las pausas del día, el taller se llena del olor a café recién colado, servido en pocillos esmaltados que pasan de mano en mano. Es un gesto de hospitalidad y fuerza, el respiro entre la tierra y el fuego. Alrededor, los sonidos del campo completan la escena: el canto de los pajaritos, de los gallos, el graznido de los patos desde las lagunas, y los pasos tranquilos de los perros y gatos que siempre rondan el taller, observando todo como si también fueran parte del oficio.

La espiritualidad, como el barro, también se amasa con las manos. En cada taller hay un recordatorio de devoción colectiva, lo que se respira es una fe personal y profunda. Cada artesano ora a su manera: uno pide permiso a la tierra antes de comenzar, otro enciende el fuego rezando para que el horno no falle, y otro agradece al final del día porque todo salió bien. No hay rituales escritos, solo un respeto silencioso hacia la naturaleza y hacia el trabajo mismo.

A juntar todos estos elementos se encontramos un reflejo del alma colombiana: una mezcla de esperanza, sencillez y terquedad noble. Un alma que no se rinde, que trabaja incluso cuando el sol aprieta, que canta mientras amasa el barro y que cree, sin necesitar pruebas, que todo esfuerzo tiene su recompensa. Y en medio de esa esencia, se siente la del santandereano: de acento marcado, palabra firme y carácter decidido. Gente que no se rinde, que madruga sin quejarse, que le pone el pecho al trabajo y siempre tiene una sonrisa o un dicho listo para romper el cansancio.



Epílogo

La alfarería en Barichara constituye uno de los oficios más antiguos y representativos del municipio. Su permanencia en la vereda Guayabal refleja la relación histórica entre la comunidad y el territorio, en la que el barro ha sido fuente de sustento, identidad y conocimiento técnico. Este saber, transmitido por generaciones, se mantiene vigente gracias al esfuerzo de quienes continúan moldeando la tierra como una expresión de herencia cultural y productiva.

Hace algunas décadas existían cerca de 60 chircales activos en la zona. Hoy quedan menos de treinta talleres en funcionamiento, y se prevé que, con el paso del tiempo, esta cifra siga disminuyendo debido a múltiples factores que afectan la sostenibilidad del oficio. El cambio en las dinámicas productivas, el aumento de los costos, las exigencias administrativas y la falta de relevo generacional han modificado las condiciones de trabajo.

Entre los principales desafíos identificados se encuentran la escasa asistencia técnica, la ausencia de programas de fortalecimiento económico, las limitaciones para la formalización laboral y los obstáculos derivados del cumplimiento normativo vigente. Las disposiciones ambientales, laborales y de seguridad industrial, aunque necesarias, no siempre se ajustan a la realidad de los pequeños productores. Como expresa uno de ellos: *“Es como una pared invisible, un paradigma que nos ha frenado bastante”*

A pesar de las restricciones, los artesanos mantienen una actitud de resiliencia basada en la disciplina y la fe. Para ellos, el trabajo con el barro es una forma de vida que les otorga sentido y pertenencia. La experiencia acumulada, la transmisión del conocimiento de padres a hijos y la capacidad de adaptación a los cambios son las razones principales por las que la alfarería sigue siendo un componente esencial del paisaje cultural de Barichara. La continuidad del oficio dependerá de la implementación de políticas públicas que reconozcan su carácter artesanal y patrimonial, diferenciándolo de las actividades industriales. Según la normativa

colombiana en materia de patrimonio cultural inmaterial (Ley 1185 de 2008 y sus decretos reglamentarios), el Estado tiene la responsabilidad de proteger, salvaguardar y promover las manifestaciones que expresan la identidad de las comunidades. En este sentido, la articulación entre instituciones, asociaciones locales, entidades educativas y el sector turístico puede garantizar condiciones más equitativas para el desarrollo del oficio.

Preservar la alfarería guayabalera implica más que mantener una técnica tradicional; requiere integrar procesos de capacitación, acompañamiento legal y promoción cultural que aseguren su viabilidad económica y social. Asimismo, es fundamental incorporar estrategias de educación patrimonial que acerquen a las nuevas generaciones al conocimiento ancestral, generando sentido de pertenencia y continuidad.

El barro, más allá de ser materia prima, representa una memoria tangible del trabajo colectivo y de la relación entre el ser humano y la tierra. Su permanencia dependerá del reconocimiento que la sociedad le otorgue y de la capacidad para adaptarse a los retos contemporáneos sin perder su esencia. La alfarería de Barichara no desaparece: se transforma. Y mientras existan manos dispuestas a moldear la tierra, seguirá siendo testimonio de la historia, la resistencia y la identidad de un territorio que aprendió a construir su futuro desde el barro.

Agradecimientos

Agradezco a los artesanos Orlando Díaz, Ricardo Macías, Miguel Atuesta, Ramón Atuesta y Tobías Triana por su valiosa participación y disposición para compartir sus conocimientos y experiencias, fundamentales para el desarrollo de este trabajo. A mi padre, Pedro Saúl, por haberme inspirado a abordar este tema, y a mi madre y hermana, por su acompañamiento y motivación constante durante todo el proceso y recolección de información documental. Extiendo mi agradecimiento al representante de ASOGUAYABAL, Fernando Romero, por su colaboración en la gestión de la información, y a Antonio Ramírez Bernal, cofundador y gerente de la Ladrillera Versailles, cuyo testimonio contribuyó significativamente a la comprensión del oficio alfarero en la región.

Glosario

Agencia Nacional de Minería (ANM): Entidad estatal encargada de administrar los recursos minerales de propiedad del Estado colombiano, incluyendo la gestión y control de títulos mineros.

Alfarería: Comprende la producción tradicional de objetos moldeados en barro o arcilla, abarcando no solo piezas utilitarias y decorativas sino también elementos de construcción como tejas, ladrillos y baldosas, que han sido esenciales en la arquitectura y desarrollo urbano de diversas regiones. Este oficio se sustenta en técnicas ancestrales y el aprovechamiento de la arcilla local, combinando procedimientos manuales con procesos de cocción para otorgar resistencia y funcionalidad a los materiales cerámicos.

ASOGUAYABAL (Asociación de Artesanos y Alfareros Vereda Guayabal): Asociación local conformada por los propietarios y trabajadores de los chircales Villanueva (Santander), Barichara y San Gil. Gestiona el título minero y la licencia ambiental vigentes para la zona.

Barro: Materia prima natural utilizada en la producción artesanal de tejas, toletes y otros elementos de construcción.

Bueyes: Animales de tiro empleados tradicionalmente en el pisado o amasado de la arcilla.

Campaneo: Sonoridad característica que emite una pieza de barro cocido al ser golpeada suavemente, utilizada por los alfareros como método tradicional para evaluar su cocción y resistencia. Si el sonido es claro, indica que la pieza está bien cocida y sin imperfecciones; en cambio, un sonido opaco revela defectos o falta de cocción.

Camareta: Estructura o estante de madera donde se colocan las piezas recién moldeadas para su secado inicial.

Caney: En Santander, el caney es una construcción arquitectónica utilizada como área de trabajo caracterizada por estar hecha con materiales naturales, principalmente madera. No tienen divisiones o paredes internas, y su forma suele ser rectangular; además de contar con un techo alto e inclinado.

Carretilla: Herramienta de una rueda utilizado para transportar la arcilla, los toletes u otros materiales dentro del taller o desde la cantera hasta el área de trabajo. Su uso facilita el desplazamiento de cargas pesadas y es fundamental en las labores diarias del chircal.

CAS (Corporación Autónoma Regional de Santander): Autoridad ambiental encargada de otorgar licencias y controlar las actividades que impactan los recursos naturales en el departamento de Santander.

Chircal: Taller familiar o espacio artesanal donde se elaboran tejas, ladrillos y otros elementos cerámicos mediante técnicas tradicionales de extracción, preparación y moldeo de la arcilla local. Estos lugares han sido fundamentales en la construcción del patrimonio arquitectónico y en la transmisión generacional de saberes y prácticas culturales asociadas al barro.

Chulitos: Termino local para referirse a las manchas oscuras que aparecen en la superficie de las piezas cuando la cocción no es completa.

Cocción (quema): Proceso de caldeo en horno que transforma la arcilla en material cerámico sólido.

Encasillado: Disposición ordenada de las piezas dentro del horno para asegurar una cocción uniforme.

Enchonetar: Conjugación de la palabra Choneto, adjetivo coloquial para describir algo que está torcido, chueco o mal puesto de manera involuntaria o por descuido.

Formaleta: Molde de madera utilizado para dar forma a las piezas de barro, como toletes o tablones.

Galapa / Galapo: Término local usado como sinónimo de *galápago*. En algunos talleres hace referencia a una herramienta auxiliar para moldear las tejas.

Galápago: Molde de madera donde se colocan las tejas recién formadas para adquirir su curvatura.

Gradilla: Herramienta utilizada en el proceso de moldeo para estirar, cortar y dar forma al barro, especialmente en la elaboración de tejas. Tradicionalmente se fabricaba en madera, aunque en la actualidad suele elaborarse en metal para ofrecer mayor durabilidad y precisión en el trabajo.

Guardaescoba: Pieza delgada de barro utilizada en la parte superior de los muros para protegerlos de la humedad. 10cm ancho x 22cm largo

INGEOMINAS (Instituto Colombiano de Geología y Minería): Entidad estatal que en el pasado otorgaba títulos mineros. Actualmente sus funciones las cumple el Servicio Geológico Colombiano (SGC).

Licencia ambiental: Autorización administrativa otorgada por la autoridad ambiental competente para permitir la realización de proyectos o actividades que puedan generar impactos sobre el medio ambiente. Tiene como objetivo garantizar que dichas actividades se desarrollen bajo criterios de sostenibilidad, control y compensación ambiental. En el contexto artesanal, la licencia ambiental busca equilibrar la producción tradicional con la conservación de los recursos naturales utilizados en el proceso.

Moldeo: Etapa del proceso alfarero en la que se da forma a las piezas utilizando moldes o herramientas manuales.

Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI): Conjunto de prácticas, expresiones, conocimientos y técnicas que las comunidades reconocen como parte esencial de su identidad cultural, según la Convención de la UNESCO (2003) y la Ley 1185 de 2008. Este patrimonio se transmite y recrea de generación en generación, reflejando la relación entre las personas, su entorno y su historia. En Barichara, el oficio alfarero y los chircales representan una manifestación viva de este legado, al conservar saberes y tradiciones que fortalecen la identidad local.

Pila: Estructura o pozo donde se deposita y humedece la arcilla antes del amasado.

Pisado: Acción de amasar la arcilla mediante el peso de animales o personas para obtener una mezcla homogénea.

Pueblo Patrimonio: Denominación otorgada por el Programa de Pueblos Patrimonio de Colombia, impulsado por el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo y el Fondo Nacional de Turismo (Fontur), que busca reconocer y promover municipios con alto valor histórico, arquitectónico y cultural. Esta distinción destaca a las localidades que conservan su patrimonio material e inmaterial, su arquitectura tradicional y sus prácticas culturales vivas, convirtiéndolas en destinos de turismo cultural sostenible.

Secado: Fase del proceso en la que las piezas moldeadas se exponen al aire antes de la cocción.

Sobar: Acción de alisar la superficie de las piezas con agua y las manos para obtener un acabado uniforme.

Servicio Geológico Colombiano (SGC): Entidad adscrita al Ministerio de Minas y Energía responsable de la investigación científica en geociencias, la gestión del conocimiento sobre el subsuelo y la administración de la información geológica y minera del país. Su labor incluye la evaluación de los recursos minerales, la cartografía geológica y el monitoreo de amenazas naturales como sismos y volcanes. El SGC asumió las funciones del antiguo INGEOMINAS, consolidándose como la autoridad técnica nacional en materia geológica y minera.

Tablón de piso: Pieza plana y cuadrada de barro cocido utilizada en la construcción de pisos. Generalmente mide 21 x 21 cm, aunque también puede fabricarse en otros tamaños, según la necesidad del proyecto.

Temple: Propiedad del material que le confiere resistencia y firmeza una vez cocido. Similar al campaneó

Teja: Pieza arqueada de barro utilizada para cubiertas; se moldea sobre un galápago antes del secado.

Toletera: Herramienta de madera, de aproximadamente 7 u 8 centímetros de grosor, utilizada en los talleres alfareros para el corte, transporte o manipulación de los toletes durante el proceso de moldeo y secado. Su diseño robusto facilita el manejo del barro y contribuye a mantener la forma de las piezas antes de su cocción.

Tolete: Bloque rectangular de barro cocido utilizado principalmente en la construcción de muros y, en algunos casos, como elemento auxiliar en el sellado de hornos durante la cocción. Generalmente mide 12 cm de ancho por 26 cm de largo, aunque sus dimensiones pueden variar según el taller y el tipo de producción artesanal.

Título minero: Derecho legal otorgado por el Estado colombiano, a través de la Agencia Nacional de Minería (ANM), que autoriza la exploración y explotación de recursos minerales dentro de un área determinada y por un tiempo definido. Este título se formaliza mediante un contrato de concesión y obliga al titular a cumplir con los requisitos técnicos, ambientales y sociales establecidos por la ley. En el caso de la alfarería tradicional, el título minero permite la extracción regulada de arcilla como materia prima para la producción artesanal.

Tradición alfarera: Conjunto de saberes, técnicas y valores transmitidos por generaciones de artesanos que trabajan en barro que constituyen el patrimonio cultural artesanal de Barichara.

Vereda: División territorial rural que conforma una comunidad dentro de un municipio en Colombia. Generalmente agrupa viviendas dispersas, terrenos agrícolas y espacios naturales donde las familias comparten tradiciones, oficios y vida comunitaria.

BIBLIOGRAFÍA

- Agencia Nacional Minera. (2024). *AUTO-PARB-0760-EXP-HH1-11561X-OBLIGACIONES-2024: Gestión integral para el seguimiento y control a los títulos mineros*. Bogotá, Colombia.
- Conca S. A. *Cultura, historia y arqueología en la Provincia de Guanentá. Reflexiones e investigaciones recientes en torno a nuestro pasado en el marco el programa de arqueología preventiva implementado en el Proyecto Variante San Gil*. Bogotá: Conca S. A., 2024.
- Fernández Flores, A. (2022). *Completando la memoria del barro: tejares y hornos de ladrillo, los hermanos pobres de los alfares de Osuna*. Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna, (24), 164–171. ISSN 1697-1019.
- FUENTE, A. Los hermanos pobres de los alfares de Osuna: producción artesanal de tejas y ladrillos en barro. [Libro]. Andalucía: Universidad de Sevilla, 2022. pp. 157-164.
- Prieto, Luis Fernando. (2010). *Alfarería y urbanismo. Los chircales de Santafé (hoy Bogotá) y su impronta en la arquitectura y el desarrollo urbano de la ciudad colonial*. NODO. 8. 31-54.
- Macías, R., Díaz, O., Atuesta, M., Atuesta, R., & Triana, T. (2024). *Entrevistas personales sobre la práctica alfarera en la vereda Guayabal*. Barichara, Santander. [Comunicación personal].
- Ramírez Bernal, A. (2025). *Entrevista sobre la historia de la Ladrillera Versailles*. San Gil, Santander. [Comunicación personal].
- Saberes Patiamarillos. (s. f.). *Alfarería – Chircales*. Saberes Patiamarillos Barichara.
- Santos Amado, J. D., & Malagón Villafrades, P. Y. (2009). *Estudio de mejoramiento del proceso de fabricación de tejas y ladrillos con las arcillas de la vereda Guayabal del municipio de Barichara (Santander)* [Trabajo de grado, Universidad Industrial de Santander, Facultad de Ingenierías Fisicoquímicas, Escuela de Ingeniería Metalúrgica y Ciencia de Materiales].

